

Se ha estrenado en América «El Ladrón» (traducción exacta del título original). Esta película presenta, como aliciente máximo, el no poseer una pizca de diálogo. Sobre un fondo musical extraordinariamente expresivo, obra de Herschel Gilbert, los autores del guión, además de artífices del film, Russell Rouse (director) y Clarence Greene (productor), han montado una obra nueva, característica de los nuevos caminos que se intentan hallar para el cine.

No es nuevo el intento desde que el cine se ha metido a hablar, hablar sin descanso, para decir bien pocas cosas. Pero en el terreno de la pura película normal, para pasar la tarde, eso es muy importante. Recordamos la auténtica sorpresa que tuvimos, hace cosa de ocho o nueve años, al visionar «Caballero y

Ladrón» de Sam Wood. Durante cosa de cinco minutos la más absoluta ausencia de diálogo dominó la pantalla, en toda la maravillosa secuencia del robo de la joyería, donde la labor de David Niven hacía comprenderlo todo, todo. Más tarde, nos irritó sobremañera la reacción del público ante un film, me parece también de Sam Wood, titulado «Hace un millón de años», en el que, naturalmente, la evocación de la vida del Paleolítico, no permitía la inclusión de frases habladas, sino de sonidos guturales y primitivos, que causaban la hilaridad de las señoras y caballeros respetables de las plateas, quizá más dignos de vivir en el paleolítico, precisamente, que los personajes del film.

Volviendo a «El Ladrón», que, según las críticas yanquis, de haber tenido diálogo no hubiese

pasado de ser una película mediocre de espionaje, parece ser que la labor interpretativa de Ray Milland es perfecta, justísima de gesto y de intención. Adecuados fondos sonoros, como en la época de la sincronización, ayudan al buen éxito de este film, que no deja de ofrecer un interés especial.

También leemos la noticia de que Gene Kelly trabaja en Inglaterra en una película sin ningún diálogo, aunque en ella, que es un continuado «ballet», la danza lo expresa todo. Música y danza, substituyendo al diálogo. Ya los grandes directores se han inclinado siempre por la limitación del mismo, excepto en los casos como por ejemplo «Pygmalión», donde el diálogo era la razón misma de la obra de arte. Pero ahí tenemos a John Ford, con sus largos períodos de silen-

cios opresivos, con su espesa suspensión del ritmo, con su inimitable poder sugeridor en la mudez de sus escenas dramáticas. Y a John Huston — «La Jungla de Asfalto» — heredero directo, junto con Emilio Fernández, del modo de hacer del gran Ford. Del mejicano es obvio poner ejemplos porque en todos sus films es dable ver su preocupación por lo visual! antepuesto a lo oral, aunque quizás no estaría de más citar su «Río Escondido», uno de los mejores films proyectados últimamente en San Feliu y también uno de los peor acogidos aun por los que creen ir al cine desprovistos de prejuicios.

Yo creo, de todos modos, que

el diálogo, en bastantes películas, es, en su versión original, más breve que en su versión doblada, y que la inevitable duración mayor de las palabras españolas obliga a un amacotamiento de las frases que en el inglés, lleno de monosílabos, no existe, al menos en tal grado.

El ventajoso sistema del cine sin palabras podrá apreciarlo el lector, empero, por sí mismo, si tenemos suerte, con ocasión de las sesiones de cine amateur verdadero cine con finalidad artística, cuya celebración se está gestionando y en cuyas gestiones preliminares el que suscribe se honra en tomar parte.

J. Vallverdú A.

El Doctor Don Luís Pericot García en el «Centro Excursionista Montclar»

De verdaderamente extraordinaria puede conceptuarse la conferencia que en breve dará sobre «Prehistoria del Ampurdán» el Subdecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona y eminente prehistoriador Dr. don Luis Pericot García.

Resumir en un breve artículo la sólida personalidad del conferenciante es tarea poco menos que imposible, porque forzosamente interesantísimas facetas de su vida han de quedar excluidas del mismo.

Basta decir que, en 1950, con motivo de sus bodas de plata con la cátedra, sus amigos y discípulos necesitaron un fascículo de 20 páginas de apretadas letras para publicar un resumen de sus numerosos títulos y sobresalientes trabajos.

No obstante lo dicho, intentaré un resumen que procuraré sea lo más breve posible.

Nació el Dr. Pericot en Gerona en 1899. Cursó la primera enseñanza con el Sr. Dalmáu Carles. Estudió el Bachillerato en el Instituto de la misma ciudad (1909 a 1914). Se licenció en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona (1914 - 18) Obtuvo premio extraordinario en Junio - Septiembre 1919. Estudió el Doctorado en la Universidad de Madrid 1918 - 19. Presentó la tesis doctoral en 1923 calificada de sobresaliente. Desde 1916 - 17 colaboró con el profesor Bosch Gimpera en el Servicio de Excavaciones del Instituto de Estudios Catalanes.

En 1925 fué nombrado catedrático por oposición de Historia antigua y media de España de la Universidad de Santiago de Compostela. En 1927 pasó a la Universidad de Valencia y finalmente se trasladó a Barcelona donde ocupó sucesivamente las cátedras de Etnología (1933), Historia moderna y contemporánea (1934) y antigua y media (1943).

Ocupó el cargo de Secretario en la misma Universidad desde 1934 hasta fecha recentísima que pasó a Subdecano.

Es Comisario provincial de Excavaciones arqueológicas de la provincia de Gerona, Codirector del Instituto de Prehistoria Mediterránea y colaborador del Instituto Diego Velázquez, ambos del C. S. de Investigaciones Científicas.

Posee la Encomienda con Placa de la Orden de Alfonso el Sabio.

Es miembro de las Academias de Barcelona, Madrid, La Coruña, Lisboa, Porto, Nueva York, del Instituto Arqueológico Alemán, Londres, del Ariège, de la Société Préhistorique Française...

Es director del Centro de Cultura Valenciana, Director Honorario del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia, Socio honorario del Grupo Aranzadi de S. Sebastián, Miembro de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, Vicepresidente del I. de E. Gerundenses, Presidente de la sección española del I. Internacional de Estudios Ligures, Presidente de la sección de Prehistoria del Comité del I. Internacional de Estudios Pirenaicos, miembro del Comité Permanente de los Congresos de Prehistoria y Protohistoria mediterráneas, del de los Congresos Internacionales de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, del de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, miembro del Comité de los Congresos Nacionales de Arqueología y finalmente tiene el altísimo honor, lo que confirma de manera indudable el sólido prestigio de que goza en todo el mundo, de ser el Presidente del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas a celebrar en Madrid en 1.954.

De entre sus innumerables trabajos sobresalen algunos tomos de la Historia de España del Instituto Gallach, cuya obra dirige.

Con su libro «La cueva del Parpalló» (Gandía) ganó el codiciado Premio Martorell del Ayuntamiento de Barcelona (1.942).

«Los pueblos de América», publicado en el tomo II de «Las razas humanas» del Instituto Gallach, le valió en 1.945 el Premio Duque de Loubat de la Real Academia de la Historia.

En 1950 con «Prehistoria de Marruecos» (en colaboración con el Dr. Almagro) ganó el Premio Generalísimo Franco de la Alta Comisaría de España en Marruecos.

Para terminar, recordaré que este año fué el encargado de pronunciar el discurso en la sesión de clausura del XII pleno del C. S. de Investigaciones Científicas ante el Jefe del Estado, Generalísimo Franco.

He aquí resumido una parte del historial de este hombre extraordinario que, con su concurso desinteresado, elevará la modesta tribuna de nuestro MONTCLAR a un nivel insospechado.

Luis Esteva



DOS CANSANCIOS

por L. D'ANDRAITX

Estar cansado físicamente, sentir la fatiga en el cuerpo, en los músculos, después de un esfuerzo, después de una larga caminata, es algo, para mí, sencillamente hermoso. La misma necesidad de descanso, de reposo, que a uno le acucia, es una bella nota más, en esa sinfonía de lasitudes.

El sueño que sigue a un duro ejercicio físico es reparador, dulce, en su pesadez de plomo, horro de pesadillas.

Uno persigue el cansancio para ganar su domingo, la paz de un picacho o la umbría acogedora de una hondonada; uno camina por andar, nada por el placer de cortar el agua y sentir en los músculos el cosquilleo, el placer de la fatiga.

Subir agua del pozo viejo de susurro callado, que gondolea ensueños a ras de tapia, y el vaciar los cubos en la tierra sedienta del jardín es, para el escritor, regalo alado, ejercicio apasionante.

Después, el ocio, la lasitud, el vuelo del pensamiento, el descanso...

Si la fatiga física es algo bueno, agradable, temple de la potencia del cuerpo, el cansancio moral, el desaliento, es angustioso y desazonante.

Herido el corazón de tristezas, aplastado el pensamiento por el peso de problemas y agobios, agotado el espíritu por andaduras y peregrinajes sin término, la sensación que nos invade, extraña y compleja, sabe a pavor y alarma, grito de amenaza, hiel de impotencias, resabio de imposibles...

Las metas del espíritu son siempre muy altas.

¿Por qué serán siempre tan altas?

Si para el cuerpo contamos con un límite, para el espíritu no admitimos topes, y aguantamos los dolores, apretamos los trabajos, como si la elasticidad de nuestras fuerzas morales fuera absoluta y máxima, inviolable.

Y cuando cunde el cansancio no esperado, en laberínticos caminos, desorientados, confusos y agotados, vamos andando y desandando nuestros pasos, desfallecidos, entre las brumas de un norte escondido y alejado.

Y, en esta clase de cansancio, que es peso y cruz, que nos parece una falta, imperdonable pecado, queremos ahuyentar el sueño, que nos gana; ahuyentarlo para seguir andando.

Entre luchas, cerrados nuestros ojos, dormido el corazón sigue la caminata, la busca, la sensación de culpa u obstáculo, en imágenes de pesadilla, en símbolos trágicos. Monstruos que se cruzan en nuestro camino, geniecillos malos, que nos acosan, caídas de vértigo en profundas hoyadas, persecuciones locas, carreras hacia una luz, que no vemos, que sabemos que existe, pero que nos hurta su blanco.

Y uno despierta peor, más agotado y rendido, después del frustrado descanso.

¿Qué tendrá de tortuoso el espíritu, que así nos daña?

¿Que, de elemental y bueno el cuerpo, que sólo con un máximo esfuerzo nos regale?